



XIII Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

28 de junio de 2026

I. Notas exegéticas

Lectura del segundo libro de los Reyes 4, 8-11. 14-16^a

Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí

Esta lectura forma parte del ciclo de Eliseo, sucesor de Elías (cf. 2 Re 2–13). El profeta continúa la obra de su maestro realizando signos y prodigios, además de ejercer su ministerio en diversos lugares. A su alrededor se reúne una comunidad de profetas, entre los que se encuentra su servidor más cercano, Guejazí. Su actividad profética se desarrolla principalmente en el territorio del Reino del Norte.

Aunque Eliseo aconseja en ocasiones a los reyes de Israel, no es un profeta de corte. Por el contrario, comparte la vida del pueblo, alojándose y alimentándose en los lugares donde ejerce su misión. En este contexto es acogido por una mujer de Sunem, población situada cerca del valle de Jizreel, región conocida por su fertilidad y prosperidad agrícola.

La mujer es presentada como una persona notable, probablemente por su posición social y económica. Sin embargo, el relato deja entrever una carencia más profunda que la material: la ausencia de descendencia. Reconociendo en Eliseo a un auténtico hombre de Dios, la mujer lo acoge con creciente generosidad, ofreciéndole primero alimento y después un lugar donde hospedarse cada vez que pasa por la región.

Resulta significativo que nunca solicite nada a cambio de su hospitalidad. Es el propio Eliseo quien busca corresponder a su generosidad anunciándole el nacimiento de un hijo. De este





modo, el relato muestra de manera palpable los frutos de la acogida del mensajero divino. A través de la presencia y la palabra del profeta, Dios rompe el círculo de muerte representado por la esterilidad que afecta a la mujer y a su esposo. De este modo, la vida nueva que surge en el relato manifiesta el poder creador del Señor, del cual el profeta es únicamente mediador.

Salmo 88, 2-3. 16-17. 18-19 (R.: 2a)

Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

Este fragmento del Salmo 88 es un canto de alabanza que proclama el amor y la fidelidad del Señor hacia su pueblo. La mirada del salmista se dirige a las promesas divinas y a la certeza de su cumplimiento. Como ocurre en otros salmos, aparece el binomio misericordia-fidelidad, una expresión característica para describir la acción de Dios en la historia.

Ambas realidades son presentadas mediante imágenes evocadoras. La misericordia es descrita como algo establecido para siempre, mientras que la fidelidad se afirma en los cielos. Estas figuras subrayan la solidez y permanencia de la acción divina frente a la fragilidad e inestabilidad de las realidades humanas. La misericordia y la fidelidad del Señor constituyen así un fundamento seguro que permanece a través del tiempo y no conoce ocaso.

La alabanza culmina dirigiéndose a la persona misma del Señor. Su condición de escudo y soberano de Israel expresa la protección y el amparo que ofrece a su pueblo. Por ello, el salmista reconoce en Dios el apoyo firme y confiable del creyente en medio de la incertidumbre propia de la existencia humana.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 6, 3-4. 8-11

Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva.

En esta sección de la carta a los Romanos, Pablo presenta el fundamento por el cual el creyente participa, ya desde su existencia terrena, en la muerte y resurrección de Cristo. La puerta de entrada a esta realidad es el bautismo, mediante el cual el cristiano queda incorporado al misterio pascual del Señor. El signo visible de esta participación es la capacidad de vivir una existencia renovada, marcada por una orientación distinta a la que caracterizaba la vida anterior.





La vida cristiana no consiste principalmente en la demostración de capacidades personales superiores ni en la mera adhesión a un elevado ideal moral, sino en la participación en la vida misma de Cristo. De este modo, la existencia del creyente se convierte en expresión actual, prolongación de la vida del Resucitado. La victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte se manifiesta en la libertad interior que recibe el bautizado para no permanecer sometido al pecado y en la capacidad, sostenida por la gracia, de realizar obras de amor que trascienden las solas fuerzas humanas.

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10, 37-42

El que no coge su cruz no es digno de mí. El que os recibe a vosotros me recibe a mí

La sección que la liturgia nos presenta concluye el segundo gran discurso de Jesús en el Evangelio de Mateo, conocido como discurso misionero o apostólico. Esta exhortación no está dirigida al pueblo en general, sino particularmente a los discípulos, quienes son enviados a anunciar el Reino de Dios, especialmente a las ovejas perdidas de la casa de Israel (cf. Mt 10,6).

La misión de los discípulos está estrechamente vinculada con la acogida. Ellos son llamados, en primer lugar, a acoger el llamado de Cristo y a entrar en la dinámica del seguimiento, dejando atrás sus propias seguridades para asumir la lógica del Reino. Esto implica una reordenación de los vínculos familiares y de las propias seguridades, tomando la cruz como expresión de la entrega total de la vida por amor al Maestro.

En efecto, estas renunciaciones revelan la gran paradoja del discipulado cristiano expresada en el v. 39: quien pierde su vida por causa de Cristo la encontrará. Mediante esta dinámica de pérdida y ganancia, los discípulos participan del camino pascual de Jesús, marcado por la entrega y la vida nueva, y se convierten en testigos de que este mismo camino puede ser recorrido por quienes acogen el anuncio del Reino.

La hospitalidad ofrecida al enviado de Cristo se convierte así en una expresión concreta de apertura a la acción de Dios. Quien recibe con sencillez al discípulo participa de la vida nueva que Cristo comunica y entra en la comunión que nace del anuncio del Evangelio





II. Pistas homiléticas

- ***Dios se hace presente en quienes acogen y en quienes son acogidos:*** La mujer de Sunem reconoce en Eliseo a un hombre de Dios y abre su casa a su presencia. De igual manera, Jesús enseña que recibir a sus enviados es abrirse a Él mismo. La Palabra nos invita a reconocer cómo el Señor sigue actuando en personas concretas que, desde la fe y la entrega, son testigos de esperanza en nuestras familias y comunidades. Una Iglesia que acoge permite que Dios siga generando vida nueva.
- ***La misericordia del Señor sostiene nuestro camino:*** El salmo nos recuerda que la fidelidad y la misericordia de Dios permanecen para siempre. Las dificultades de la vida pueden llevarnos al desánimo o hacernos pensar que Dios está distante, pero la fe nos invita a mirar la realidad con esperanza, confiando en Aquel que permanece cercano y sostiene a su pueblo.
- ***La hospitalidad y el bien realizado desde el amor siempre dan fruto:*** Las lecturas nos muestran que ningún gesto de acogida, servicio o entrega queda perdido ante Dios. En una sociedad marcada por la indiferencia y por diversas formas de desprecio a la dignidad humana, los discípulos de Cristo están llamados a perseverar en el bien, haciendo de sus hogares y comunidades espacios donde se manifieste la ternura del Señor.
- ***El bautismo nos incorpora a la vida nueva de Cristo:*** San Pablo recuerda que, por el bautismo, hemos sido unidos a la muerte y resurrección de Jesús. Esta realidad nos permite afrontar con esperanza nuestras fragilidades y desafíos, porque la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte sigue actuando en quienes caminan unidos a Él.
- ***Perder la vida por Cristo es encontrar una vida plena:*** El Evangelio presenta la paradoja del discipulado: quien entrega su vida por amor a Cristo la encuentra. Frente a una cultura que invita al individualismo y a la búsqueda exclusiva del propio bienestar, Jesús propone un camino de entrega que genera comunión, fortalece los vínculos familiares y comunitarios, y hace visible el amor de Dios en medio del mundo.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, buenos días (buenas tardes). La Eucaristía que celebramos cada domingo nos dispone para la misión. La Palabra proclamada y el Pan compartido son fuerza y estímulo para los discípulos en esta tarea. Ser discípulo y seguidor de Jesús, más aún, perseverar en este camino, supone reconocer que el amor a Cristo orienta todos nuestros vínculos, incluso los familiares, y nos invita a salir de nuestras propias seguridades para vivir según la lógica del Reino. Pidiendo gracia y motivación, iniciemos nuestra celebración cantando.

Monición a las lecturas

El profeta, reconocido como hombre de Dios, es acogido con una hospitalidad tal que no puede permanecer indiferente. La recompensa del profeta será la descendencia que la mujer hospitalaria y fiel no tenía. El apóstol recuerda el misterio de la incorporación a la muerte de Cristo por el bautismo, para asegurarnos la vida perdurable, pero también para caminar en una vida nueva. El Señor Jesús, en su llamada al seguimiento, pide una adhesión plena, saber acoger a los enviados y practicar la justicia con todos. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente: Oremos al Señor, nuestro Dios, cuya misericordia es eterna y se extiende de generación en generación. Presentémosle nuestras oraciones diciendo:

R/: Padre bueno, escúchanos.

1. Por la Iglesia para que, por el bautismo, engendre hijos que formen una comunidad de justos y profetas en medio del mundo, **roguemos al Señor.**
2. Por los gobernantes de las naciones, para que encuentren soluciones justas al problema de los pobres y marginados de nuestra sociedad, **roguemos al Señor.**
3. Por quienes sufren por cualquier causa, para que nadie caiga en la tentación de maldecir o desesperar de su condición de vida, y reciban apoyo y consuelo, **roguemos al Señor.**
4. Por cuantos seguimos a Cristo y hacemos nuestro su mensaje, para que perseveremos en la tarea de continuar la misión que Él nos encargó como pueblo suyo, regio, sacerdotal y profético, **roguemos al Señor.**
5. Por nuestra comunidad parroquial, para que sepamos acogernos unos a otros, pues es el mismo Cristo el que acoge y a quien acogemos, **roguemos al Señor.**

Presidente: Escucha, Señor, la oración de tu pueblo, que espera perseverar en el seguimiento de tu Hijo, Jesucristo, Señor nuestro, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos. Amén.





XIII Domingo del Tiempo Ordinario

Ciclo A

28 de junio

1. Claves de reflexión

1. Acompañar

¿Alguna vez has sentido miedo cuando te enfermas o cuando las cosas no salen como lo esperas? En el Evangelio de hoy nos encontramos con dos personas que se sentían exactamente así: una mujer que llevaba muchos años enferma y un papá, llamado Jairo, cuya hijita estaba muy grave. Ambos sentían miedo y tristeza, pero decidieron hacer algo muy importante: buscaron a Jesús. Ellos no se quedaron de brazos cruzados, sino que corrieron hacia Él porque sabían en su corazón que Jesús tenía el poder de ayudarlos. ¿Qué tanto buscas a Jesús?

2. Motivar

Lo más hermoso de esta historia que leemos en el Evangelio ocurre cuando estas personas se encuentran con Jesús. La mujer pensó que con solo tocar la punta de su manto se curaría, ¡y así fue! Por otro lado, cuando a Jairo le dijeron que su hija ya había muerto, Jesús lo miró a los ojos y le dijo una frase que hoy también es para ti: *«No temas, basta que tengas fe»*. Luego fue a la casa, tomó de la mano a la niña y le dijo «¡Levántate!». Jesús demostró que su amor es más grande que cualquier enfermedad, que cualquier miedo y que la muerte misma; ¿cómo sientes hoy a Jesús en tu corazón?, ¿quiénes en tu casa necesitan que Jesús les diga *«levántate»*?





3. Retar

Con este relato del evangelio aprendemos que la fe es un don superespecial que nos regala Dios para reconocer el poder de su misericordia y confiar en Él, incluso cuando todo parece ir mal, cuando las cosas no salen bien, cuando estamos tristes o enfermos o hay situaciones difíciles en casa. Tener fe significa saber que, aunque no podamos ver a Jesús con nuestros ojos físicos, Él está a nuestro lado tomándonos de la mano siempre, acompañándonos con su amor. Así que, cuando te sientas triste, asustado o con flojera de hacer las cosas bien, recuerda el llamado de Jesús a aquella niña: «*¡levántate!*» Confía en Él porque nunca te va a dejar solo.

Pídele al Señor Jesús que te acompañe y te ayude a amar de verdad, que cada día te tome de la mano, te levante y te enseñe a servir a los demás.

Respondamos al amor generosos de Jesús con acciones concretas y reales: demostremos nuestra fe con el servicio, asumiendo las tareas de casa sin que nos lo pidan dos veces, ayudando a los compañeros en el colegio y a quien lo necesite, porque nosotros, como discípulos misioneros de Jesús, debemos “levantar y ayudar a los demás”.

Ora todas las mañanas diciendo a Jesús: dame tu mano Señor, confío en Ti.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Sean muy bienvenidos a la fiesta de Jesús. Hoy celebramos que nuestro Dios ama la vida y nunca nos deja solos en los momentos difíciles o tristes. Él nos enseñará que no importa el tamaño del problema: si confiamos en Él y tenemos fe, todo puede cambiar. Con alegría en el corazón nos preparamos para escuchar a nuestro mejor amigo y participar en la mesa de la Eucaristía. Nos ponemos de pie y cantamos con fuerza para empezar la Misa.

Monición a las lecturas

Escucharemos ahora las lecturas de la Palabra de Dios: una del libro de la Sabiduría, que nos recuerda que Dios nos creó para ser felices y tener vida, no para la tristeza o la muerte. Y en el Evangelio San Marcos nos va a contar dos milagros increíbles de Jesús. Un papá desesperado y una mujer enferma se acercan a Él. ¿Saben qué les pide Jesús? Que no tengan miedo y que confíen. Prestemos mucha atención a la Palabra.





Oración de fieles

Presidente: Queridos niños, Jesús nos ha dicho hoy: *«No temas, basta que tengas fe»*. Con esa gran confianza de hijos, presentémosle nuestras intenciones. A cada petición unámonos diciendo con el corazón:

R./ ¡Jesús, amigo nuestro, aumenta nuestra fe!

1. Por la Iglesia y el Papa Francisco para que nos sigan enseñando a todos los niños del mundo a confiar en Dios y a llevar la alegría del Evangelio a los demás. Oremos al Señor.
2. Por los gobernantes de todo el mundo para que se preocupen especialmente por cuidar a los niños más desprotegidos, asegurando que tengan salud, educación y paz en sus países. Oremos al Señor.
3. Por los niños y las personas enfermas para que, al igual que la mujer del Evangelio, sientan la mano sanadora de Jesús, encuentren alivio en sus medicinas y nunca pierdan la esperanza. Oremos al Señor.
4. Por nuestras familias, profesores y catequistas, para que nos ayuden a crecer con un corazón lleno de fe y nos enseñen a recurrir a Jesús cada vez que sintamos miedo. Oremos al Señor.
5. Por todos nosotros, aquí reunidos, para que cuando regresemos a casa seamos capaces de consolar y ayudar a los compañeros que vemos tristes o solos en la escuela o en el barrio. Oremos al Señor.

Presidente: Padre bueno, que no desamparas a los pobres ni a los que se entregan a ti, escucha nuestras oraciones y ayúdanos a perseverar en la fe y en el buen obrar. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

